



Aspecto de los muros de la capital chilena la víspera del 10º aniversario del Golpe de Estado. [1983. Foto: UPI]

EL CASO DE CHILE

José María Bulnes

En el caso de Chile, por lo menos, creo no se puede hablar del “difícil camino a la democracia”, que resulta, sin quererlo, un fórmula encubridora de la verdad histórica y del único sentido que ya tiene y que habrá de tener cada día más la lucha que pueda, al cabo, quebrar el poder de la tiranía usurpadora que gobierna el país.

Sobre el caso de Chile, se hace de nuevo cierto que el mejor reconocimiento de la verdad pasa a veces por el estudio de los errores. Y, según esto, podríamos ilustrar en la forma más breve el fondo de lo que queremos decir, distinguiendo dos momentos, que también podríamos muy bien llamar *el caso de Chile 1* y *el caso de Chile 2*.

Recordemos *el caso de Chile 1*.

La solidaridad con Chile en todo el mundo, al día siguiente del golpe militar y de la muerte de Allende, fue tan grande que hizo creer a muchos que Chile se convertiría rápidamente, del ejemplo

insólito y esperanzador que había sido como avanzada de una nueva vía al socialismo —el adjetivo de “insólito” fue de Fidel Castro en su discurso de despedida en el Estadio Nacional—, en un frente de combate sin cuartel y decisivo.

Ante la repugnante e intolerable reedición criolla del fascismo que se pretendía imponer, se pensó que se asistiría pronto a una nueva guerra de “Resistencia”, en esa vieja frontera del Arauco indomable en el extremo Sur de América.

Habría de tratarse del segundo gran capítulo de la gesta de un pueblo libre que reunía una serie de rasgos y cartas de triunfo excepcionales: una cultura cívica y política únicas; una larga tradición de lucha; una vocación democrática probada; unas organizaciones partidarias y de base, con cuadros muy preparados y en gran número, que cubrían un amplísimo espectro ideológico y social en un mismo compromiso democrático, revolucionario y unitario, y que contaban con una excepcional presencia y vinculación internacional, y no lo menor, con todo el saber y la experiencia de su conquista del gobierno y de haber sido gobierno. A todo ello se sumaba la solidaridad de países, pueblos y gentes, en todo el mundo, con su lucha.

De esto hace ya 11 años. Hoy no nos cuesta recordarlo, y comprobar lo engañosa de esta apreciación que fue de tantos. Acaso se podrá decir que el error estaba sólo en los plazos, pero sabemos que en la política, como en la guerra, este argumento es sólo una excusa.

El caso de Chile era, así, como el de un gran espejismo, o el de muchos espejismos, frente a una realidad que tenía su otra cara muy visible y perfectamente reconocible: un país, al fin, pequeño y pobre, poco poblado y con una parte importante de su población apenas vestida con decoro en su gran pobreza, y, según su memoria colectiva, largamente explotada desde siempre por sus "patrones". El Chile invencible era, por lo tanto, sólo un sueño que se quería soñar, hecho de pedazos de sueños de toda clase, de traspolaciones históricas y de traspolaciones de situaciones incomparables tomadas de otras partes.

Como lo he escrito en más de un artículo, no era sólo la izquierda chilena y "el mundo" los que se engañaban, ni quienes, solos, habían generado su autoengaño ingenuo y, a la vez, culpable. La derecha chilena (y léase también aquí la derecha latinoamericana que la apoyaba) había jugado desde siempre, con particular afición, a las traspolaciones históricas (hasta esa última de "el Kerenski chileno", sobrenombre con que se motejó al presidente demócrata cristiano Eduardo Frei, que acuñó el brasileño Plinio Correa de Oliveira y que tanto éxito tuvo en Chile.)

Es interesante que no se ha hecho un estudio sistemático de esos autoengaños de unos y otros, cuya sólo lista llenaría fácilmente, creo, algunas horas por lo menos de lectura sin comentarios. Y ello no se ha hecho por muchas razones, sin duda; pero, entre otras, ciertamente porque aún no se terminan de reconocer en toda su profundidad. Es el problema teórico, enorme, de la historia, cuando ella se toma como recurso de la nostalgia, de la conciencia romántica y de las analogizaciones tentadoras que se buscan tanto en las lejanías.

Esto es lo primero que yo quería decir.

Valgan de muestra algunos ejemplos notables:

En Chile, la Democracia Cristiana y su cabeza indiscutida, Eduardo Frei, que propiciaron el golpe, esperaron mucho tiempo recibir de los militares el gobierno o al menos una parte importante de él.

En otra dirección, ¿tantos argumentos barajados sobre la imposibilidad muy atendible de que Estados Unidos, aún metido en Vietnam y apenas salido de esa guerra reconocida, pudiera hacer frente al desprestigio que le significaban los crímenes de la Junta Militar chilena encabezada por su válido Pinochet!

Se pensó también que las Fuerzas Armadas chilenas no resistirían su desprestigio y aislamiento internacional.

Se creyó que las medidas económicas y anti-sociales increíblemente regresivas, de desestatización de los servicios sociales, de desnacionalización de las grandes empresas, de subasta del patrimonio nacional, de superexplotación del trabajo, de desmantelamiento y proscripción de todas las estructuras sindicales, y de intervención y silenciamiento de las Universidades y de todos los medios de comunicación, harían estallar al país.

Después, muchos también que, ante estas medidas, anunciaban el derrumbe económico del régimen, pasaron de pronto a creer en la viabilidad del modelo friedmaniano en Chile, y en la eficacia de los grandes capitanes de los grupos financieros y del equipo económico.

Años después, cuando comenzó el derrumbe o cuando el saqueo tocó fondo, no se aquilató bien lo que ocurría.

Finalmente, hace ya un año, se creyó en la inminencia de la caída de Pinochet, con las jornadas de protesta.

La verdad sobre esto hay que decirlo: quienes desde la izquierda no se equivocaron por los menos

varias veces, son muy pocos y pueden señalarse por su nombre y apellido.

Pero está la segunda parte de nuestra historia: lo que llamamos *el caso de Chile 2*.

En el juego de imágenes y de espejismos históricos, ideológicos y retóricos de los discursos con que, en Chile y fuera de Chile, los partidos políticos de izquierda, por un lado, el régimen militar y la derecha, por otro, y la DC, por un tercer lado pretendiente, hicieron sus mensuras del terreno, y amojonaron y señalaron el campo de sus enfrentamientos tácticos y estratégicos a futuro, ante el total silencio del único gran interlocutor decisivo que era el pueblo chileno, demostraron, todos, errores grandísimos de predicción no sólo sobre el proceso de la economía del país, sino también en lo político.

En particular, la izquierda chilena, que es lo que más nos puede interesar aquí, exhibió hasta casi ayer un desajuste completo de su conciencia o voluntad, o mejor, de su conciencia y voluntad, para no decir nada de su imaginación o creatividad, con el proceso escalonado -se trata de una como escalera al mismo tiempo hacia abajo y hacia arriba- de los desengaños de los espejismos sucesivos. Y este proceso llevaría -ha llevado ya de hecho- al pueblo chileno a desarrollar, con un nuevo sentido del tiempo de su acción, con un nuevo lenguaje, en una referencia nueva apoyada sólo sobre las realidades y formas propias, y con formas nuevas, su propia presencia combativa y su creciente configuración potencial revolucionaria.

Aquí habría que detallar, y hablar de las poblaciones urbanas marginales, de la juventud, de las provincias, de los desocupados, de los obreros, de los campesinos, de las capas medias bajas, de los universitarios, de importantes sectores de Iglesia.

No quiero caer en la tentación de las definiciones y conceptualizaciones prematuras de lo que sólo se percibe o se siente como un indudable rebasamiento de las estructuras, dirigencias y esquemas partidarios. Pero los partidos, la mayor parte de ellos, se sienten rebasados, y se fragmentan, y no saben cómo adecuarse y ponerse a tiempo.

En este cuadro, la idea de una nueva "concientización", que es lo que se manejaba, resulta ya muy fuera de lugar. Y, en otra dirección, de hecho no hay proyecto político ni proyecto económico. El único proyecto, si se puede llamar así, el proyecto económico de la DC, resulta particularmente ridículo.

La caída de Pinochet, el retiro de los militares y el retorno a la democracia formal, naturalmente, se desea y se reclama, pero como si fuera en una colonia que aún no se levanta, cuando la gente desea y reclama, por vías sólo discursivas, la salida de las fuerzas militares de la metrópoli.

También como en una colonia antes de su estallido insurgente, es absurdo decir que se trata del problema del camino a la democracia. Ese problema podría existir como tal sólo para un gobierno monárquico o militar que quisiera ir a la democracia pero que para ello necesitará acostumar a los propios jefes a la idea de retirarse a sus casas o cuarteles definitivamente, y liquidar caudillos o qué se yo qué obstáculos. O para un pueblo que nunca ha conocido la democracia y tiende siempre a seguir a hombres fuertes que no la quiere. No es el caso de Chile.

La democracia no es la meta real de la derecha chilena, ni de los que monopolizan el poder y la riqueza en Chile, y no es la meta real para Chile por la sencilla razón, entiéndase bien, que es lo obvio, porque es lo que se tenía o se creía tener pero que ahora sólo puede lograrse derrotando la tiranía militar oligárquica sostenida por sus beneficiarios militares y civiles.

Esto obliga a discutir lo que son los verdaderos sujetos históricos e institucionales reconocidos u ocultos, y obliga a reconocer la preeminencia de la formulación del proyecto.

Hoy, está claro creo, cada país latinoamericano, y Chile también, no es un caso aislado, ni una peripecia política y económica particular, como de cuento local o historia que sirve para la reflexión de lo que es o puede ser un mundo heterogéneo. Basta ver precisamente la dimensión histórica, de repercusión cada vez mayor y cada vez más confluyente, de cada experiencia e iniciativa que se va viviendo en el ámbito de nuestra realidad continental. Esto quizás lo reconocemos, pero verlo bien, y en el marco mayor de lo que va siendo el mundo en el día de hoy, es la gran tarea teórica y práctica del presente nuestro.

¿De dónde se sale y a qué se quiere llegar? Esto es lo que hay que ver. En Chile, por ejemplo, ¿es solo *de la dictadura* que se implantó precisamente para quebrar la democracia, y es sólo *hacia* una nueva democracia aparente, y siempre bajo el control de las fuerzas que se hicieron dictadura y que están hoy dispuestas a cubrirse nuevamente su rostro con la misma máscara que dejaron por un tiempo de lado? ¿y todo ello sin tocar la cuestión de

fondo de los militares o del poder económico propietario que, en la prosperidad o en las dificultades, actúa como dueño, y "con ánimo de señor y dueño", según la vieja fórmula clásica, en nuestros países?

Frente a un discurso republicano ideal, ya muy viejo en verdad y astuto, que sólo habla de reformas constitucionales, de problemas prácticos y de leyes vigentes, calendarios y etapas, siempre con las bayonetas de su lado, ¿qué es lo que se puede esperar de nuevas negociaciones entre curiosas autoinvestidas representaciones políticas y si no es sólo el pueblo el que tenga al fin la última palabra?

Dejar también la idea imaginaria de la continuidad ininterrumpida y ascendente de todos los momentos de lo que ha sido la lucha protagonizada por cualquier fuerza popular, como apoyo a una visión triunfalista y simplificadora del presente; y hacerse cargo del carácter intolerable de una situación social que ya se ha arrastrado, por la vía de los acomodos, de las reformas y de la cosmética política, por bastante más de un siglo, con todos los efectos destructores y las represiones periódicas que la experiencia de estos años y el presente nos hacen volver a recordar.

Este es el verdadero caso de Chile, y que no es sólo el de Chile sino también el de la mayor parte, si ya no de toda, la América Latina. ■

